

Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?

Esta cuarta palabra que dice, o más bien grita, el Señor crucificado, es el comienzo del Salmo 22, el salmo que encuentra su pleno cumplimiento en la Pasión de Jesús. Mateo y Marcos nos dicen que a la hora nona, el Señor lanzó un grito que ellos nos lo transmiten en una mezcla de arameo y hebreo: Elí, Elí, ¿lemá sabaqtaní? Esta palabra ha venido a llamarse “el grito del abandono”, pero otros la llaman “la palabra del escándalo” El Apóstol Juan no la quiso recoger prefiriendo las dos últimas. Lo cierto es que los que pasaban por allí para burlarse de Jesús e insultarle, no captaron bien lo que decía y algunos pensaron que llamaba a Elías para que lo viniera a rescatar.

Muchas han sido las preguntas e interpretaciones que han suscitado esta palabra. Palabra fatal que mejor no hubiera pronunciado. No pensó Jesús que sería usada en su contra; que vendría a reafirmar que era un impostor, quien ahora, sumergido en el dolor, no podía sostener ser el Mesías, ¿cómo podría así, prácticamente aniquilado, ser quien salvara al pueblo de las humillaciones sufridas a lo largo de la historia? Y como, con esta palabra, negarían en el futuro su divinidad. ¿Podría Dios abandonar a su Hijo; ¿cómo el Hijo de Dios podía quedarse sin Dios? Entonces, ¿qué significa este grito? En verdad, ¿sintió Jesús la lejanía de su Padre?

El grito de Jesús no es un grito cualquiera fruto del intenso dolor de un crucificado. El Señor asume en sí mismo, todo el tormento histórico de su pueblo Israel y el de todos los seres humanos que sufren en este mundo por el misterioso ocultamiento del Rostro de Dios. En su grito, recoge la angustia de una humanidad que, quizás, sin una conciencia clara, sufre la “oscuridad de Dios”, todo su aparente desamparo y el drama del sin sentido de la vida.

Él lo sufre como nadie y es, también, quien, al mismo tiempo, lo transforma como nadie puede hacerlo. En esta palabra está presente toda la humillación pública, los dolores infringidos en su cuerpo, la corona que han desgarrado sus sienes, sus brazos y sus pies, traspasados por los clavos.

Pero ¿cuál es el sentido y la dimensión de todo esto? La clave del misterio está en que, en ese momento tan tenso, tan dramático, tan doloroso, Cristo está llevando a la meta la redención, está asumiendo como el Siervo doliente de Yahvé, todos los pecados del mundo.

San Pablo, tendrá expresiones muy fuertes en su reflexión sobre la obra redentora de Cristo. Empezando porque siendo Dios no hizo alarde de esas posibilidades, sino que se rebajó, se hizo un hombre cualquiera, es más, esclavo de todos y asumió la ignominia de la cruz; se hizo maldición, se hizo pecado sin ser pecador. Jesús asume todo el pecado de la humanidad no como pecador, sino como salvador. Su dolor fue propiciación, no castigo. El autor de la Carta a los Hebreos, reflexionando sobre la pasión de Jesús nos dice que Cristo en los días de su vida mortal ofreció su sacrificio lágrimas y grandes clamores y dirigió sus ruegos y súplicas a Aquel que lo podía salvar de la muerte. Y lo escuchó resucitándolo de entre los muertos. Su pasión fue luminosa no desesperada. Solo Jesús podía medir el abismo que separa el bien del mal, el cielo del infierno, el amor del odio, el “sí” total y mantenido y la negación. El misterio de la Encarnación llega a la realidad más perfecta en este momento.

Con San Agustín, podemos responder a todas las preguntas que ha suscitado esta palabra del Señor crucificado; nosotros que creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios que se hizo hombre de verdad, le aceptamos Dios y Señor glorioso, único Salvador y hombre verdaderamente identificado con nosotros, humillado, y hecho obediente hasta la muerte. Es Dios que adoramos y siervo que sufre y ruega por nosotros, y quien solo puede hacernos en él un hombre nuevo.

Ayer y hoy, en un mundo saturado de sufrimiento hay también una presencia de resurrección en la semilla de la fe que va muriendo y dando frutos en tantos que compadecidos tratan de saciar material y espiritualmente a sus semejantes menos beneficiados. El Papa Ratzinger dirá: “En una perspectiva como esta, nada se quita al horror de la Pasión de Jesús. Por el contrario, aumenta, porque no es solamente individual, sino que lleva realmente en sí la tribulación de todos nosotros. Al mismo tiempo, sin embargo, el sufrimiento de Jesús es una pasión mesiánica, un sufrir en comunión con nosotros,

por nosotros, un ser-con que proviene del amor, y lleva consigo así la redención, la victoria del amor. (Cfr. Jesús de Nazaret)

Con tu grito Jesús, con tu pregunta –reproche al Dios eterno, estabas haciéndonos presentes a todos con los que quisiste compartir la débil naturaleza humana.

Tu grito no es la desesperación de un hombre fracasado, es el grito de la humanidad necesitada del amor de un Dios que no solo es bondad infinita, sino, también, y, sobre todo, misericordia.